

La honajala y adu-  
lacion degradan al  
que las prodiga; de-  
primen envilecen y  
deprecian a los pue-  
blos, si las emplean  
para defender sus  
derechos. La verdad  
les dignifica y enal-  
tece.

# EL PUEBLO

Don Quijote simbo-  
liza el ideal precur-  
sor de las grandes  
obras humanas.  
Sancho Panza, el  
despreciable con-  
vencionalismo del  
diario vivir indivi-  
dual. Sin ideal, no  
se vive: se vegeta.

PERIÓDICO REFLEJO FIEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA Y DEFENSOR DE LAS CLASES QUE TRABAJAN

## Advertencias importantes

No se admitirán originales que no estén firmados por el autor, ni se devolverán una vez publicados. Las reclamaciones relacionadas con la publicación de trabajos literarios, científicos o sociales, se harán a la Dirección.

## REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle Santiago, n.º 1 : Centro de Sociedades Obreras

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador

## Precios de suscripción

En Cádiz: Un mes, 1'00. Fuera de Cádiz: Un mes, 1'25; Suscripción para obreros, 0'60 al mes; número suelto, 0'25. Anuncios y comunicados, a precios convencionales. A las empresas editoras se les publicará el reclamo del libro que nos envíen.

CÁDIZ : 20 DE NOVIEMBRE DE 1920

NÚMERO EXTRAORDINARIO

NÚMERO 230 : : : AÑO V

## PARA EL ILMO. SR. OBISPO DE CÁDIZ

Quisiera hacerme la ilusión de que no eran ciertas las palabras pronunciadas por el Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, en la inauguración del Sindicato de obreros católicos de la Plaza de Jesús Nazareno, el día 14 del corriente mes, y lo quisiera, por el prestigio y el buen nombre de un ministro del Redentor.

Porque al ser ciertas esas palabras, el Sr. Obispo ha cometido la más grande herejía que registran los siglos, por cuanto nos ha presentado a Dios como un ser injusto e inhumano.

El Sr. Obispo ha afirmado que los ricos existen porque Dios lo quiere, y que los pobres existen porque Dios también lo quiere.

El Sr. Obispo ha afirmado que el rico es la imagen de Dios y que el pobre debe adorar al rico, como si fuera Dios mismo.

Esto, es una horrible herejía; ésto, no ha debido decirlo un ministro del Señor.

Porque si Dios ha creado el mundo para que unos pocos lo disfruten todo y la inmensa mayoría carezca de lo más necesario, si Dios ha establecido el privilegio entre sus criaturas mostrando su predilección por unas y su desprecio por otras, si Dios quiso que unos fueran ricos, poderosos y felices y otros pobres, miserables y desgraciados; Dios, entonces, no es el ser infinitamente bueno, infinitamente justo que nos pinta la Religión Católica; Dios, entonces, es un monstruo al que hay necesidad de odiar, cuando tales injusticias ampara, cuando tantas maldades sanciona.

Veamos, si nó:

Dios quiere que exista el rico, luego Dios fué conforme con la rapiña del Señor Feudal, que con la conquista robó la hacienda, con la horca y el cuchillo robó la vida, y con pegar el vasallo a la tierra, robó la libertad.

Dios quiere que exista el pobre, luego Dios quiso que existiese el paria de la India, el ilota de Esparta, el esclavo romano, el siervo de la Edad Media; Dios quiso que la vida, el entendimiento, la creencia, el juicio, la hacienda, la mujer, los hijos, la casa del siervo, fuese propiedad, del señor feudal; que el pobre tuviese que inclinar la cabeza y doblar la rodilla ante su señor, que no era su señor, sino el ladrón de su padre, el ladrón de su familia, el ladrón de él mismo, el ladrón de sus hijos futuros, el ladrón del porvenir de hombres que no eran suyos ni de nadie.

Dios quiere que exista el rico, luego Dios ha sido el amparador en todos los tiempos de los infinitos atentados que se han cometido contra la naturaleza del hombre para atesorar dinero; Dios ha sancionado el horrendo crimen que cometían aquellos negreros que comerciaban en carne humana, transportando en las sentinas

de los buques, amontonados como cerdos, a los desgraciados negros que cazados como fieras en las selvas africanas, iban a venderse al mejor postor en tierras de América, donde otros bandidos, también protegidos de Dios, laceraban sus carnes con el látigo para extraerles hasta la última gota de sangre que convertida en oro fué la base de inmensas fortunas cuyos poseedores actuales consideran de legítima procedencia y adquiridas por el trabajo y la honradez.

Dios quiere que existan los pobres, luego Dios quiere que una parte de la humanidad, la inmensa mayoría de la humanidad, viva desde los diez años y más temprano aún condenada a sepultarse en la mina, a agotarse en el taller, a asfixiarse en la fábrica, a apergaminarse en el terruño, a reumatizarse en el mar, a embrutecerse en la servidumbre, para comer insuficientemente, para vestirse de harapos, y morir prematuramente con la asfixia de la mina o la tisis de la fábrica entre el engranaje de la máquina, como única recompensa a su rudo esfuerzo, a su penosa y esquiladora labor.

Dios quiere que existan los ricos; Dios quiere que existan los pobres; luego Dios, que es padre amoroso de todos los seres, ha establecido un odioso privilegio entre sus hijos; ha distinguido a unos más que a otros; ha reservado para unos, magníficos y cómodos palacios donde habitar, y para otros, miserables tugurios, estrechos, mal-sanos, sin espacio, sin luz, sin ventilación, sin ninguna de las condiciones que la higiene exige para conservar la salud; ha provisto a unos de maravillosas y ricas telas con que adornarse y hacer alarde de un lujo deslumbrador, y ha dado a otros un montón de harapos, de miserables andrajos, para escasamente cubrir sus carnes; ha regalado a unos, magníficos y cómodos muebles para adornar sus elegantes salones y ha dejado a otros hasta sin los utensilios más necesarios, sin tener en su frío y desmantelado desván otro lecho donde reposar de sus fatigas que un miserable jergón de paja triturada y podrida por el uso y la humedad; ha consentido que unos puedan atiborrarse de múltiples y variados manjares, y otros tengan que contentarse con un asqueroso bodrio y un negro y duro pedazo de pan, contando con que éste no le falte.

Dios quiere que existan los pobres, luego Dios quiere que persista en la sociedad ese cuadro de miserables que se retuercen en los tormentos de las privaciones del hambre y de la desnudez andrajosa, que luchan y reluchan en la suciedad, en el desfallecimiento y en la agonía, con todas las más negras perspectivas de la degradación, de la desesperación y del cri-

men; reserva inmunda de la miseria, a la que van a parar los obreros inutilizados, torpes o viejos, los débiles y enfermizos; todos aquellos que la explotación considera inútiles para sacarles jugo; falange que engruesa a cada momento con nutrido contingente de trabajadores útiles y jóvenes para quienes se han cerrado las puertas de los talleres por haberse completado el cómputo que las Empresas explotadoras necesitan en esta raquílica organización del trabajo; seres todos abandonados, en que abundan la mujer y el niño, carne destinada a la prostitución y a los nefandos vicios de los poderosos; viviendo al azar, de las sobras y de los desechos, desplegándose y replegándose en las tenebrosas penumbras del cieno social, sin nombre, sin patria, sin rumbo ni hogar, atraídos por to-

dos los abismos insondables, la mendicidad y el robo, presa adjudicada con refinada premeditación para el presidio y para el verdugo; carne de cañón, dispuesta en todo tiempo al sacrificio por huir de la muerte por hambre; rebaño en que se ejercita la glorificación del rico, y se adormece por medio de la vanidad de la virtud la gastada conciencia de los que medran en la ruina de sus semejantes con el ridículo antifaz de la caridad y de la beneficencia, crímenes sociales que crean más pobres mientras más se desarrollan.

Dios quiere que existan los ricos, luego Dios desmiente a su hijo, se desmiente a sí mismo, cuando propagando el Evangelio predicó la máxima de la igualdad humana ante el poder supremo; Dios desmiente a su hijo, se desmiente a sí mismo cuando propagando el Evangelio exigía repartir la riquezas a los que pretendían seguirle; desmiente a su hijo, se desmiente a sí mismo cuando afirmó que sería más fácil que un camello pasase por el ojo de una aguja que un rico entrase en el reino de los cielos; se desmiente a sí mismo cuando dictó a Moisés la máxima del decálogo que dice *No robarás*, puestó que la superabundancia de riqueza no es más que el resultado de un sistema que eleva el robo a la categoría de un hecho legal.

Dios quiere que existan los ricos, luego el Sr. Obispo debe ordenar, que inmediatamente sean desmontados de sus altares todos los santos que predicaron lo contrario de lo que Dios quiere, porque fueron unos impostores cuando hablaban en nombre de Dios y los impostores no deben ser objeto de adoración.

Y cuente, que son muchos los santos que tiene que desmontar, porque muchos fueron los que predicaron cosa distinta de lo que ahora dice el Sr. Obispo y allá vá el testimonio de algunos, elegidos al montón.

San Basilio dice que «quien ama a su

prójimo como a sí mismo no debe poseer más que su prójimo; porque si más posee es un expoliador. Ser expoliador es apoderarse de lo ajeno. ¿Por qué causas al hombre tanto mal como dinero guardas, pudiendo darles? El pan que guardas es del hambriento, la ropa del desnudo, el calzado del descalzo, y del menesteroso el dinero que escondes».

San Ambrosio, en el libro de Tobías cap. 24 dice: «Es ser asesino negar a un hombre los socorros que le son debidos para vivir: es una ley natural procurarse lo suficiente para vivir y considerarse solo dueño de lo necesario para alimentarse» y en De Offic. I «que la tierra es común de todos, todos tienen el mismo derecho a sus dones: la naturaleza quiere la comunidad; la usurpación del hombre ha creado la propiedad individual».

«Excepto la comida y el vestido, dice San Agustín, el resto debe darse a los pobres, y si te niegas a ello, robas lo ajeno, porque solo es nuestro lo que racionalmente basta para nuestro sustento y el de la familia.»

San Jerónimo en su carta a Hedibia dice: «Si tienes más de lo que necesitas para el alimento y el vestido, reparte el resto, reconociendo así que eres deudora. Todas las riquezas proceden de la iniquidad porque uno no puede ganar si otro no pierde; siendo ciertísimo el proverbio que dice: todo rico es inicuo o heredero de un inicuo.»

Y el mismo santo en la 1.ª plática sobre Lázaro dice: «La propiedad entraña siempre un vicio, pues la adquisición de las riquezas está manchada siempre con algún delito. Fruto del robo o del despojo la riqueza de uno implica el empobrecimiento de otro. Aunque hayas heredado tus bienes, aunque tu padre los haya heredado a su vez de los suyos, remontando en la escala de los antepasados darás infaliblemente con el criminal.»

San Pedro Crisólogo, en su sermón 29, manifiesta: «El oro engendra la crueldad, enseña el hurto, aconseja el fraude y ordena el latrocinio.»

San Gregorio el Grande. Lb. 1.º Homilía 7.ª sobre Ezequiel: «Nuestros bienes no son nuestros, sino recibidos de quien nos crió y no debemos retenerlos privadamente. Repartid con humildad vuestros bienes al prójimo, pues sabéis no ser vuestro lo que poseéis. La tierra, de donde todos procedemos, es común para todos los hombres y por eso procura el sustento igualmente a todos los hombres. Los que guardan para su uso privado los dones que Dios ha hecho comunes, caminan en la matanza de sus prójimos. Al ordenar Dios la caridad, no la llamó misericordia, sino justicia; pues es justo disfruten todos igualmente lo distribuido por el amo de todo».

San Bernabé, en el cap. 19 de su vida: «Todo lo pondrás en común con tu prójimo, y nada llamarás tuyo, pues si sois hermanos en lo imperecedero ¡cuánto más no lo sereis en lo perecedero!»

San Anselmo. Homil. 12. p. 184. «Dios ha creado las riquezas para uso de todos, y aunque hayan sido adquiridas por medio del trabajo, no por eso dejan de ser inicuas, que es inícuo que unos sean ricos y otros sean pobres.»

San Crisóstomo dice que «Jesucristo es un doctor de la pobreza, nacido en un pesebre, de madre pobre, criado en la pobreza, rodeado de discípulos escogidos en las últimas clases, siendo su vida entera una enseñanza de pobreza.»

San Damián, dirigiéndose a los ricos, en su epístola VI dice: «El rico no es propietario, es repartidor; cuando dá, no practica la piedad, sino la justicia; porque justicia es devolver lo que pertenece a otro. Temblad ante el pensamiento del juicio final; si no dáis a los pobres cuanto teneis, no se os acusará de avaricia, sino de rapiña; no se os condenará por haber tenido apego a vuestros bienes, sino por haber usurpado los del prójimo.»

San Porfirio, San Paulino y San Epifanio sostienen asimismo el principio de que todo es de todos; que el propietario no tiene derecho más que a lo estrictamente necesario para vivir; que el excedente lo debe a los pobres; y que ésto no es caridad, sino obligación. Y sus predicaciones fueron acompañadas por el ejemplo, puesto que repartieron a los pobres su hacienda.

San Benito afirma que la propiedad es el más detestable de todos los vicios y que las palabras *tuyo* y *mío* son un crimen en la boca del hombre.

Tertuliano, en el Libro de la penitencia, manifiesta que «lo que juzgamos nuestro es de otros; nada es nuestro, porque todo es de Dios, hasta nuestra misma persona.»

Y últimamente, para no cansar al señor Obispo con más citas, Próspero de Aquitania, en las sentencias de San Agustín dice «que es detentador de lo ajeno quien posee inútilmente lo que necesitan los pobres.»

Ya ve nuestro Prelado cuantos padres de la Iglesia están en contraposición a Dios, si es cierto lo que él afirma. Ni la estadística ni la Historia se pueden borrar. Si, como ahora dice S. I., Dios quiere que existan los ricos, los santos citados mintieron; y si sus teorías son verdaderas, ajustadas a la voluntad de Dios y aceptadas por la Iglesia, el Sr. Obispo no ha dicho verdad. El dilema es ese.

O Dios es bueno y es justo, en cuyo ca-

so inspiró a los santos en sus predicaciones, Dios no es bueno ni es justo en cuyo caso ha inspirado al Sr. Obispo en sus manifestaciones.

El Sr. Obispo no se ha dado cuenta de lo que ha dicho, no sabe el alcance tan terrible que tiene su afirmación; no ha podido apreciar la difícil situación en que ha colocado a Dios.

Porque el Sr. Obispo tiene que aceptar ahora como un hecho consumado, el que Dios haya sido verdaderamente el patrocinador, el amparador y, hasta el instigador de todas las infamias que han llenado la tierra, en el loco afán de los hombres de atesorar riquezas y dominar a sus semejantes.

Los bárbaros, cayeron sobre la civilización en el nombre de Dios, y pulverizaron todo lo grande y bello que en el curso de largas centurias había acumulado el ingenio humano sobre la tierra.

En el nombre de Dios surgió el monaquismo y se aposentó en monasterios suntuosos y abadías espléndidas, repletas de riquezas, esclavos y pecheros.

En el nombre de Dios los caballeros feudales, talaron, arruinaron y segaron la vida de sus vasallos, entronizados en sus castillos roquerizos, ojo alerta para caer sobre el botín del villano, botín que unas veces era el fruto de los campos, y otras el honor de su esposa y de sus hijas.

En el nombre de Dios la monarquía y los monstruos con diadema se presentaron ante los pueblos, despojándolos de todo, esgrimiendo los rayos de una autoridad divina que no admitía discusión ni reproche alguno.

En el nombre de Dios cometieron los Papas todo género de depredaciones, poniendo su sandalia sobre el cuello de los emperadores y desmembrando territorios para engrosar el tesoro de San Pedro.

En el nombre de Dios se levantaron las hidras de todas las guerras de conquista y religiosas, corrieron ríos de sangre, se degolló a los herejes para despojarlos de sus bienes, se pasó a cuchillo a los albigenses y se organizó la matanza de San Bartolomé.

En el nombre de Dios se encendieron las hogueras inquisitoriales donde se carbonizaba a los reos después de haberle confiscado sus bienes.

En el nombre de Dios se organizaron aquellos saqueos, llamados cruzadas, donde legiones de aventureros, nobles arruinados, bandidos y meretrices caminaban hacia Jerusalén con el corazón puesto en el botín, el cuerpo lleno de roña y la degradación en el alma.

En el nombre de Dios se hicieron cautivos a los indios de América y el misionero protegido por el arcabuz del soldado propagó su evangelio dando cuentas de vidrio por pepitas de oro.

En el nombre de Dios se apoderaron los jesuitas del Paraguay, los franciscanos explotaron a California y los agustinos extenuaron a Filipinas, como los clericales de ahora aniquilan a los indígenas de Fernando Poó.

En el nombre de Dios acaparó la Iglesia la riqueza de todos los pueblos, usurpó los bienes de los Templarios, llevó al suplicio a su gran Maestre Jacobo de Molay y declaró lícita la esclavitud.

En el nombre de Dios destruyeron los Papas todas las bellezas de la Roma pagana, y León X incendia el barrio de los judíos para apoderarse de sus riquezas.

En el nombre de Dios se expulsó a los moriscos y judíos de España, para robarles cuanto poseían; se tiranizó a los Países Bajos; se hizo odioso el nombre español en todo América; se degolló a los franceses; y Fernando VII y el Conde de España llenaron las cárceles y los patíbulos de víctimas a las cuales habían tenido antes buen cuidado de despojar.

Y en el nombre de Dios, el cacique, el acaparador, el industrial, el minero, el político, el gobernante, forman hoy una inmensa nube de parásitos que cubre toda España y chupa como monstruoso pulpo toda nuestra savia, todas nuestras energías; y se mata lentamente al obrero (*al que Dios quiso que fuese pobre*) con la peor de las muertes, con la muerte por hambre.

Ya ve el Sr. Obispo todo el cuadro de horrores que ha dado por resultado el querer Dios que existan los ricos, porque el hombre no ha encontrado malo ningún medio que lo conduzca a ese fin, ya que no hace otra cosa para llegar a él, que satisfacer la voluntad del Supremo Hacedor.

Y aún afirma el Sr. Obispo que el rico es la imagen de Dios y que el pobre debe adorar al rico como si fuera Dios mismo!..

¿Imagen de Dios tanto bandido como ha existido y existe en el mundo, cuya riqueza es producto del robo, del pillaje y hasta del asesinato?

¿Imagen de Dios todos esos grandes agiotistas, grandes banqueros, grandes fabricantes, grandes comerciantes, cuya codicia les llevó en 1914 a provocar una guerra en la que se han sacrificado millones de hombres e inundado de sangre el óvalo de la tierra?

¿Imagen de Dios toda esa burguesía fe-  
roz y sanguinaria que mata de hambre al

obrero y lo encarcela, lo deporta, lo martiriza y lo ametralla cuando le pide un poco más de pan, unas cuantas migajas de las sobras de sus festines y bacanales?

¿Y a esos hombres ha de adorar el pobre como si fueran la imagen de Dios mismo?

¿Pero es verdad que Dios no es más que eso?

¡Oh, nó, imposible! Dios no puede ser eso. Y hasta siéndolo, habría que negarlo.

Un Dios inmensamente bueno, infinitamente justo, con una bondad sin límites, que nos da una conciencia para sentirle y un sentimiento para amarle, que hizo el sacrificio de la cruz por amor al hombre, no puede consentir que su propio misterio, su propio espíritu, venga a parar a manos de semejantes fieras; no puede consentir que su propia imagen alimente esotráfico horrible de suplicios y miserias.

Pero aún hay más en la afirmación de nuestro Prelado.

Siendo el rico la exclusiva imagen de Dios ¿de quien es imagen el pobre?

¿No dicen las Sagradas Escrituras que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza?

Lo mismo es hombre el rico que el pobre.

¿Como, pues, afirma el Sr. Obispo que solo el rico es la imagen de Dios?

Además, si solo el rico es la imagen de Dios ¿cómo Jesús no quiso acompañarse más que de pobres?, ¿cómo ordenaba repartir sus riquezas a los que querían seguirle?

¿No era Jesús el mismo Dios hecho hombre? ¿Por qué pensaba de distinta manera en la tierra que en el cielo?

¿O es que Jesús no fué Dios, entonces?

He aquí por qué decía yo a nuestro Prelado que no se había dado cuenta del alcance tan terrible que tenían sus palabras.

En un Dios como el que nos ha pintado no es posible creer: yo creería en el Dios que inspiró sus predicaciones a los Santos citados, en el Dios que inspiró a los apóstoles, en el Dios-Jesús.

En ese Dios cuya imagen son los ricos exclusivamente yo no puedo creer, no creo, porque no es el más apropiado para reinar sobre la humanidad. Ese Dios yo no lo quiero: Puede ofrecérselo nuestro Prelado a sus borregos del Sindicato Católico, que tienen buenas tragaderas.

Y.... que les aproveche.

FRANCISCO LÓPEZ VERA